

Pero en todas las cosas
ha quedado su vida
como una inextinguible
fragancia contenida.

Y en todos los caminos
sus recuerdos se avivan
como las mariposas
en el trébol ardidadas.

Para los que viven a la caza de originalidades de forma más que de contenido, y se deslumbran ante lo que no les es dado desentrañar, este libro de Augusto Santelices les sonará a clasicismo fósil en su armoniosa claridad. Nosotros seguiremos pensando que está aquí la verdadera poesía, la de ayer y de siempre.

Sería llenar páginas y páginas el transcribir todo lo bello que contiene este libro de versos. «Sueño del amor que nace», uno de los romances más hermosos que se hayan escrito en Chile, bastaría en cualquier país para la consagración de un poeta.—
C. P. S.



LA CIUDAD DE LOS CÉSARES por Manuel Rojas.—«Editorial Ercilla».

Circula desde hace años por el sur de Chile, la leyenda de una ciudad fabulosa, habitada por hombres blancos, rubios y de azules ojos, y en la que abundarían el oro, la plata y las más fantásticas riquezas. En Magallanes oímos muchas veces pláticas sabrosas, comentarios inquietantes, divagaciones a media voz, en torno a esta Ciudad de los Césares que existiría plantada entre altas montañas y defendida por

ríos y cordilleras en el corazón de la Patagonia chilena. Algún periodista amigo nos confesó en más de una ocasión sus propósitos fervientes de abordar literariamente este tema sobre el cual decía poseer una información casi completa. Confesemos que siempre nos pareció cautivador el asunto, en su doble aspecto: como aventura literaria y como real aventura. ¿Por qué no había de ser posible la existencia de la ciudad imaginaria? Había allí materia no sólo para un relato a lo Jack London o a lo Conrad, sino para una exploración a lomo de caballo y mula, o en piragua, hacha en mano y la Winchester al hombro.

Después que leímos el notable *Valle del Sol* del escritor boliviano, Dyómedes de Pereyra, nuestra fantasía recibió un nuevo y formidable refuerzo en su dynamis creadora, mediante espontáneos procesos de asociación. Estábamos así a la orilla de esta leyenda, en ese estado febril de tránsito entre la realidad y el sueño o ficción, y cuando terminamos de escribir nuestra novela *Paralelo 53, Sur*, con un movimiento final en que grandes grupos humanos revolucionarios, emprenden el éxodo al través de la Patagonia inmensa e inexplorada, señalamos algunos de ellos, la Ciudad de los Césares como paradero incógnito de su trágica fuga.

En tal estado de ánimo, no es, pues, extraño que la aparición del libro de Manuel Rojas, haya sido para nosotros un suceso emocionante. Hemos sido los primeros en leerlo apenas puesto en circulación. Al interés del tema se agregaba el merecido prestigio del autor. Manuel Rojas es uno de los escritores chilenos que mejor sabe narrar sus historias. Con una sencillez admirable, logra dar a sus personajes un relieve vigoroso, un contorno preciso y robusto. Era precisamente el novelista que la Ciudad de los Césares necesitaba para salir de lo inédito.

El milagro se ha realizado. Manuel Rojas ha redescubierto la vieja ciudadela de la leyenda, la ha conquistado a sangre y fuego con su pluma, y nos la trae como un trofeo de su

hazaña, como botín de victoria, comprimida en las 190 páginas de su bello libro. La leyenda se ha encarnado sin amonorrarse. La fábula se ha hecho realidad sin perder su vago resplandor de ensueño. Y la ciudad conquistada vuelve a escapársenos de las manos, apenas cerrado el volumen, en alas de la fantasía del artista. He aquí a nuestro juicio, el principal mérito de este libro. Rojas, que se había demostrado en *El delincuente* y *Lanchas en la bahía*, como un narrador realista de la filiación de un Gorki, un Istrati, un Fedine, etc., ha creado con *La Ciudad de los Césares* una obra wellsiana en muchos aspectos, que flota entre lo material y lo onírico. Ha realizado un género literario erizado de dificultades, en un equilibrio prodigioso para no inclinarse de uno o de otro lado del abismo. Un suave y fino «humour» despunta a veces cuando el relato nos tiene cogido con sus relatos de emoción, y afloja nuestros nervios en imperceptible sonrisa. Con ese leve matiz, entre risueño y analítico, el novelista nos vuelve a nuestro centro, nos reintegra a nuestro yo y a la realidad ambiental y vemos a la distancia los resortes secretos de la ficción, y al novelista sonriendo, mientras desarrolla la trama de su imaginaria aventura, como el prestidigitador ante su público.

La Ciudad de los Césares se achica hasta las proporciones de una villa de bazar o juguetería. El encanto queda a punto de romperse. Pero luego, si proseguimos la lectura, el novelista vuelve a cogernos en su red, como el entomólogo a la mariposa, para transportarnos una vez más al país de «Wonderland», eterno e imortal. La Ciudad de los Césares crece en la lejanía, su contorno se borra entre las nubes grises y los altos picachos nevados en una polifónica evocación a lo Ridder Haggard. Tras de sus murallas circulan hombres extrañamente vestidos, y cuyos arcos disparan flechas de oro. Y, cuando chocan los césares blancos con los césares negros, llevados aquéllos de la codicia y en defensa los segundos de su quietud y su humildad, ya entendemos la intención del escritor

qué de la leyenda sabe extraer una lección de pura y desinteresada filosofía.

Triunfan los césares negros, es decir, los hijos de la tierra, los que no ambicionan otra cosa que vivir sus vidas sencillas, sin comprender jamás por qué y para qué buscan tan desesperadamente el oro los hombres blancos, ese oro con el cual ellos construyen sus hachas, sus platos, sus jofainas. Los protagonistas de la novela, que emprendieron la aventura con afán de rapiña y de piratería, son ganados por el clima espiritual de los césares negros, hecho de amor, de renunciamiento, de solidaridad humana. Volteamos la última página del libro de Manuel Rojas, como quien regresa de un viaje maravilloso. Ya sabemos qué es y dónde está la Ciudad de los Césares. Y, sin embargo, quisiéramos de nuevo descubrirla...!—J. M.